

CUANTA DESESPERACIÓN

¿Quién no se va a desesperar con la situación actual? A ver, díganme si es justo que aumenten los precios de la comida, del transporte, de la vivienda. ¿Hasta dónde vamos a llegar? Yo estoy sumido en la desesperación más espantosa. Lo que gano no alcanza. Tampoco lo que ganan mis hijos y mi mujer. Entre todos no alcanzamos a pagar la renta, las colegiaturas, las medicinas, la comida y para qué seguir.

También me desespera que el país no crezca, no sea más importante. En una época lo fue. Ahora ya nadie nos pela. Si nos comparamos con China o la India. Y nombro a esos y no a Noruega o Estados Unidos. Ellos, China y la India, también andaban mal, con las mismas carencias, con falta de salud y de dinero. Ahora ya son una potencia. ¿Y nosotros? Nosotros cada día hundiéndonos más en el agujero.

Me desesperan los políticos que cada día son más torpes pero ganan más dinero. No hay uno que valga la pena. Ya ven esos gobernadores y tantos ministros que se alían a los narcos, y cómo no se van a aliar si estos los llenan de dinero, de coches, de casas, de aviones. Así nos la dieran a todos.

Me desespera la iglesia que igual que los políticos sólo se preocupa por ser más rica y más poderosa. ¿Cuándo antes íbamos a ver a los obispos en carreras de caballos, en plazas de toros, en fiestas de lujo? ¿Cuándo nos íbamos a enterar, como ahora, de que son dueños de casas, de antros, de periódicos, de estaciones de radio? Y ahí están los domingos pide y pide dinero a los que menos tienen. Y lo grave del caso es que se los dan y se los dan a manos llenas.

Me desesperan las mujeres que se dejan maltratar tanto por sus maridos, por sus hijos, por los que las contratan, por todo el mundo. Y ahí están agachando la cabeza, llorando para sí, sufriendo. Que ya tomen las riendas del mundo. Ellas son las que lo formaron. No son incubadoras para criar pollos.

Díganme si no es para desesperarse que nuestros hombres, los fuertes, los que pueden trabajar, se tengan que ir al otro lado a que los maten o que abusen de ellos. Esta es la principal injusticia en este país. Exportamos carne fresca para sus fábricas, para sus campos, para la guerra.

A ver quién me puede decir que no se desespera al ver tanto joven sin trabajo y sin posibilidades de obtenerlo. Es más, tampoco pueden estudiar pues no se les permite. Todos ellos caen en las drogas, todos andan con tatuajes y aretitos. Y ese es nuestro futuro.

También me desesperan los intelectuales, los que escriben, los que hacen cine y televisión. Jamás se ponen del lado del oprimido y antes bien se juntan con los del gobierno para que les den su biberón. ¡Qué poca!

No, mi desesperación no es gratuita, tiene su porque. Lo que anoté antes es sólo una parte. Me desesperan muchas otras cosas: la prensa, la televisión, la música actual, los noticieros, los anuncios en la calle, la contaminación y para qué seguirle. Son miles de cosas.

A ver señor...sí, usted, el que escribió todo lo anterior.

Dígame, en qué puedo servirlo.

Dice que usted tiene una gran desesperación. ¿Es cierto?

Claro que sí. ¿ O no tengo derecho a desesperarme por todo eso?

Por supuesto que sí. Todo es grave.

Vaya, alguien que me comprende.

Sólo quiero hacerle una pregunta.

Dígame.

Qué ha hecho usted, además de desesperarse, para cambiar algo de todo eso.

Bueno, yo...

¡Qué desesperación encontrarse con gente que sólo sabe desesperarse y no hace nada.!

Tomás Urtusástegui

Enero 2007